



AULLIDOS DE CARABAR

XIMENA RENZO
—endlesscurl—

CROSS
BOOKS

AULLIDOS DE CARABAR

ALLIDOS DE CARABAR

XIMENA RENZO
—endlesscurl—



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 216 y siguientes del Código Penal).

La editorial no se hace responsable por la información brindada por la autora en este libro.

Aullidos de Carabar

© 2023, Ximena Renzo

Diseño de cubierta e interiores: Departamento de Arte
y Diseño de Editorial Planeta Perú

Ilustración de portada: Victoria Cavalieri @weirdowithluv
Corrección de estilo: Jorge Giraldo

© 2023, Editorial Planeta Perú S. A.
Bajo su sello CrossBooks
Av. Juan de Aliaga N.º 425, of. 704,
Magdalena del Mar
Lima, Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: febrero 2023
Tiraje: 1500 ejemplares

ISBN: 978-612-4414-26-8
Depósito legal: N° 2022-12627

Impreso en Aníbal Paredes Editor S. A. C.
Jr. Dávalos Lissón N.º 135, of. 201, Cercado de Lima

Lima-Perú, febrero 2023

*A quienes no les basta una vida
para enamorarse*

*El amor hallará su camino,
aunque sea a través de senderos
por donde los lobos no se
aventurarían a seguir a su presa.*

LORD BYRON





0.

La garra... 15

1.

Un inocente y un alcalde... 19

2.

Una flecha fuera de lugar... 27

3.

Hileen y el cazador... 45

4.

Venganza... 55

5.

Juntas hasta el final... 69

6.

Todas las vidas... 83

Extra... 99

0

• • • •

La garra

• • • •

Nada perturbaba el silencio de esa noche en el pueblo de Carabar, excepto el sonido de un grillo.

Todos sus habitantes dormían. O casi todos. Uno de ellos caminaba cerca del río. Viéndolo con mayor atención, en realidad se arrastraba y jadeaba intentando huir de alguien o de algo. Estaba claro que no podría resistir mucho más.

—Valió la pena —se dijo, recostándose cerca del agua. El hombre pasó su mano por la tierra y descansó—. Seren y Lilith... Perdónenme —susurró, presionando los párpados con dolor.

Ahí, en sus últimos momentos, herido y solo, comprendió que la vida era efímera: un aliento, un suspiro, una risa o un grito, y adiós. Todo había pasado de un momento a otro, sin previo aviso.

De pronto, unos ojos brillantes se fijaron en los suyos: fue lo último que vio. Luego del golpe final en la cabeza, todo volvió a ser silencio. Andrew no existía más.

I

~ ~ ~ ~

Un inocente y un alcalde

~ ~ ~ ~

La mañana siguiente fue un día tranquilo en el pueblo de Carabar, o al menos lo era hasta que un rumor empezó a recorrer sus calles más rápido que aquel zarpazo que había caído sobre el rostro del alcalde la noche anterior.

Nadie sabía a ciencia cierta qué estaba sucediendo, y aunque Andrew no era precisamente la persona favorita del pueblo, sus habitantes sintieron temor por lo que podía sucederles. Si eso le había pasado a él, todos estaban expuestos. Un grupo se reunió para conversar sobre la situación. Con temor, con la incertidumbre de un futuro inestable, empezaron a expresarse.

—¡Todo esto es culpa de la bestia! —dijo alterado uno de los pobladores.

—O las bestias —añadió otro. Todos giraron a verse unos a otros.

Era verdad, no sabían si estaban bajo una única amenaza o si era algo mucho peor: quizá un grupo grande de hombres lobo haciéndose pasar por vecinos comunes y corrientes.

Podrían estar hablando con uno en esa pequeña reunión y jamás tendrían cómo saberlo.

—De todos modos, me alegra que ese tipo esté muerto —declaró otro, enfurecido. Algunos lo miraron, otros estuvieron de acuerdo sin expresarlo con palabras.

—¡Tenemos que buscar una solución! No necesitamos otro alcalde —interrumpió uno—. Necesitamos que esas bestias se vayan de aquí. Vivas o muertas. De preferencia muertas.

—¡¡Sí!! —alguien lo secundó.

Una muchedumbre enajenada y frenética buscaba venganza.

—¿Cómo sabremos quién es?

—Lo sabremos porque hay ciertas personas que resultan bastante sospechosas. No todos tienen una coartada real —respondió el promotor de todo—. Solo quiero que sepan que yo no soy uno.

Las risas no faltaron.

—Eso es lo que diría un culpable, ¿cómo sabemos que no eres tú? ¿Por qué tenemos que creerte?

—Bueno, yo no elegí a Andrew. Ustedes sí. Yo jamás haría algo en contra de mi pueblo —respondió con seguridad.

Los habitantes se vieron en una situación de confusión total. ¿Cómo descubrirían quiénes eran los hombres lobo ocultos entre la población? ¿Y si acaso solo eran hombres que se hacían pasar por monstruos?

—Bueno, siempre podemos empezar por los forasteros, ¿no?

Eso podría tener sentido para algunos, sobre todo para quienes nunca aceptaron que el pueblo se viera visitado por

gente de otros lugares que no solo estaban de paso. Era cierto, tenían algunos habitantes nuevos en el pueblo, y, además, antes de su llegada, nada había sucedido. ¿Eso los convertía en sospechosos? ¿O acaso en simples chivos expiatorios?

El pueblo estaba dividido. Quienes se vieron como amigos de toda la vida, empezaban a dudar. Sentían que en cualquier momento podrían ser traicionados.

Carabar pasó de ser un lugar feliz y lleno de color a una tierra sin brillo, de atmósfera gris, agostada. Nadie saludaba sin más por la calle a otro, como era la costumbre; se encerraban muy temprano por la noche, y no se atrevían a salir sin un acompañante, a pesar de que eso no les asegurara que estuvieran protegidos realmente.

Tenían miedo de todos, dudaban de todos, podían ir contra cualquiera. ¿Pero cuál sería la chispa que iniciaría el descontrol total? Si no querían una tragedia, solo podían esperar a que aquello que los aterraba se fuese pronto.

Más o menos a la misma hora, en otro lugar del pueblo, dos muchachas lloraban de forma desconsolada la muerte de su padre. Se abrazaron recordando que desde ese momento estarían ellas dos solas contra el mundo.

Su padre, el alcalde, simplemente se había despedido diciéndoles que haría un pequeño viaje a la aldea contigua para próximos intercambios. Pero, a pocas horas de su salida, la noticia del hallazgo de su cadáver cerca del río por parte de unos pobladores paralizó sus corazones.

—¿Qué vamos a hacer, Lilith? Esa gente nos odia, y lo sabes. Si salimos de aquí, nos van a asesinar —susurró Seren. Estaba aterrada. Jamás había pensado en aquella posibilidad,

pero el rumor del grupo de pueblerinos que se habían unido para linchar a los supuestos hombres lobo lo había trastocado todo.

—Nosotras sabemos la verdad, Seren —respondió su hermana mayor. Lilith siempre estuvo ahí para hacerla entrar en razón, era la voz madura y quien siempre sabía qué hacer. Seren pensó en ello y en qué pasaría si se quedaba sola.

Quería evitar ese pensamiento, pero su cerebro era traicionero.

—¿De qué sirve la verdad, hermana? ¡Lo primero que van a hacer es terminar con nosotras! Ellos no necesitan la verdad, solo necesitan desaparecer gente y sentir que están haciendo lo correcto, y por supuesto que empezarán con nosotras. Porque somos las hijas del hombre corrupto que los hizo sufrir. Porque, aunque no seamos culpables, para ellos lo somos. Somos el enemigo.

La hermana de cabello rojo tomó las manos de su hermana menor y le dedicó aquella sonrisa de lado que la caracterizaba. Una sonrisa que reflejaba paz, aunque no era precisamente lo que sentía. Tenía el poder de hacerle creer a los demás que todo estaba bien.

—Te voy a proteger. Lo prometo —aseguró Lilith.

—¿Y si ya no estás? —cuestionó Seren. Exteriorizó aquello que hasta el momento solo había estado en su mente—. ¿Y si me quedo sola? ¿Cómo podrás protegerme? ¿Qué voy a hacer sin ti? No nos podemos arriesgar. Tú y yo sabemos que no tengo el poder de protegerte. El amor no es tan fuerte para salvar a una persona.

—Eso es lo que tú crees —contestó la pelirroja. Presionó la nariz de su hermana con un dedo y suspiró—. Tienes el poder de salvar a quien quieras. No tienes idea del poder que posees, Seren. Nuestra madre murió peleando por nosotras y nos otorgó estos dones. No podemos rendirnos ahora. Vamos a trabajar juntas, y quienes terminaron con la vida de nuestros padres, pagarán. Lo prometo.

—No prometas cosas que no puedes cumplir, Lilith —sollozó Seren.

—Por eso lo prometo. Nadie va a poder con nosotras —respondió Lilith, segura.

Seren no confiaba en lo que su hermana decía en ese momento, y Lilith lo sabía; sin embargo, asintió y se dieron otro abrazo, porque todavía les quedaba un poco de fe. Una pizca pequeña de esperanza aún estaba encendida, y eso es lo único que Lilith necesitaba para seguir adelante.

Un grito de auxilio se oyó de pronto en la ventana de las hermanas. Ambas se separaron confundidas y se acercaron con temor al lugar de donde venía todo ese escándalo.

Vieron a un muchacho.

Era Arthur, uno de los nuevos vecinos del pueblo. Gritaba asustado mientras una turba de personas enojadas lo arrastraba hacia el centro de Carabar.

Seren jadeó. Arthur estaba medio desnudo y herido. Ninguno de los que lo llevaba tenía compasión por él y solo se oían gritos que lo culpaban y lo llamaban asesino.

—¡Es el hombre lobo! —gritó alguien mientras corría.

—¿Ya lo encontraron? —cuestionó Lilith sorprendida. Ambas hermanas salieron a la calle.

—¡Arthur es inocente! —exclamó su madre desesperada. La mujer estaba hecha un manojo de nervios—. ¡Él ni siquiera estaba aquí cuando el hombre lobo atacó al alcalde! ¡Mi Arthur no puede ser lo que ustedes dicen! —sollozó, cayendo al suelo de rodillas, como implorando que lo dejaran en paz.

Pero el pueblo no hizo caso. Carabar quería justicia, fuese como fuese, y muriese quien muriese.

—No es él —susurró Seren cerrando los ojos, pero nadie la escuchó, porque los gritos de la gente eran más fuertes que cualquier otro sonido.

Lilith miró a su hermana.

Arthur murió a manos de la misma muchedumbre que lo recibió unos meses antes con la promesa de brindarle un mejor lugar en el cual vivir que aquel de donde venía.

Jamás le dieron la oportunidad de hablar o defenderse. Murió golpeado, quemado y linchado por sus propios vecinos.

Dos personas murieron el mismo día. Y no serían las últimas.